

**En terapia podemos trabajar con muchos elementos, uno de ellos por qué no, es el placer de trabajar con los cuentos de nuestra infancia. En este caso le pregunté a mi clienta por su cuento favorito y que me lo contara como ella quisiera... Y esto es lo que me escribió y estuvimos trabajando, pues tenía mucha relación simbólica con lo que traía a ella a nuestro centro.**

**A teràpia podem treballar amb molts elements, un d'ells per què no, és el plaer de treballar amb els contes de la infància. En aquest cas, vaig demanar a la meva clienta quin era el seu conte preferit i que el re-escrigués com ella volgués... Això és el que va escriure i vam treballar, doncs tenia molta relació simbòlica amb el que la portava fins al nostre centre.**

### **La cenicienta**

Erase una vez una jovencita que vivía con su malvada madrastra y sus dos crueles hermanastras. Mientras que ellas malgastaban el dinero de la herencia del padre de Cenicienta, así se llamaba la joven, a ella le hacían trabajar sin descanso durante todo el día: limpiando la casa, cocinando, cultivando y recogiendo las verduras del huerto para después ir a venderlas al mercado, eso sí, quedándose ellas todo el dinero.

Un día, Cenicienta se encontraba limpiando la entrada de la casa cuando llegó un lacayo con una invitación para el baile anual que celebraba el rey en su castillo. El lacayo, intuyendo la belleza de Cenicienta que todavía se podía apreciar bajo la mugre que cubría su cara y su cabello, le dijo que ella debía ir también al baile junto a sus hermanas y su madrastra ya que el rey quería que todas las jovencitas con edad de casarse acudieran.

Cenicienta, emocionada porque podría estrenar alguno de los vestidos que había diseñado ella misma con los restos de ropa que sus hermanas desechaban, entregó la carta a su madrastra y explicó las órdenes del rey. En cuanto dijo que ella también iría al baile, sus hermanastras comenzaron a reírse de ella y su madrastra le dijo que el rey solo se refería a las jovencitas que pudieran tener porvenir como reinas, ya que lo que pretendía era casar a su hijo con una de ellas, y, desde luego, ella no tenía esas características. Cenicienta intentó contener las

lágrimas que comenzaban a caer por sus mejillas y solo las dejó salir cuando entró en su habitación.

El día del baile llegó, sus hermanas se prepararon y Cenicienta se quedó en su habitación. Cuando oyó que la puerta se cerraba, salió y en el suelo, junto a su puerta, se encontró unos preciosos zapatos con una nota que ponía: "Tú también te mereces ir al baile". Seguramente, su hada madrina, esa que todos tenemos y que, de vez en cuando, nos saca de un apuro no se sabe muy bien cómo, se los había dejado allí.

Cogió el vestido más bonito de todos lo que había diseñado y cosido, se lavó bien, se peinó, se vistió, se puso esos precisos zapatos que justo eran de su talla y cogió prestadas algunas de las joyas de sus hermanastras, que en realidad también eran suyas ya que habían sido parte de la herencia de su padre.

Salió de su casa y justo pasaba en ese momento un carruaje cuyo cochero se ofreció a llevarla al castillo.

Cuando llegó, decidió que antes de entrar daría un paseo por el jardín, ya que estaba demasiado nerviosa para entrar y el miedo a que su familia la reconociera le había provocado un nudo en el estómago que la estaba llenando de dudas.

Después de varios minutos paseando, se puso a admirar un precioso rosal que se encontraba más o menos en el centro del jardín y, de repente, sintió la presencia de otra persona, se giró y vio a un chico muy guapo y elegante que la estaba mirando a ella justo como ella miraba al rosal. En seguida surgió algo entre ellos y comenzaron a hablar de mil cosas: música, cine literatura, todo aquello que le habían ensañado sus padres en vida y que ella había seguido descubriendo tras su muerte, ya que cuando iba al mercado siempre aprovechaba para ir a la biblioteca y coger prestada alguna cosa. Ambos descubrieron que tenían un montón de cosas en común y el chico se ofreció a ser su acompañante y hacer juntos la entrada al baile. Así fue, y cuando entraron por la puerta del palacio varias trompetas comenzaron a sonar y una voz anunció que el príncipe acababa de hacer su aparición. Ella lo miró y él le devolvió la mirada con una sonrisa. La música comenzó a sonar y él la invitó a bailar. Así se pasaron toda la noche, entre los murmullos del resto de los invitados. Cenicienta, no dejó en ningún momento

de controlar a sus hermanastras y a su madrastra, que, por supuesto, no la habían reconocido, ya que no se imaginaban que bajo la mugre que solía cubrir su rostro se escondiera tal belleza.

Cuando Cenicienta vio que sus hermanas abandonaban el palacio, ella se disculpó con el príncipe y salió corriendo. Él salió detrás de ella, pero apenas le dio tiempo a coger uno de los zapatos que la joven se había quitado para ir más rápida y había dejado olvidado en la escalera.

Al día siguiente, el príncipe comenzó la búsqueda de la muchacha que le había dejado tan fascinado y pidió a su padre que informara a todas las jovencitas del reino que se preparan para recibirlo en sus hogares. Así fue recorriendo cada una de las casas hasta llegar a la de Cenicienta, que en ese momento se encontraba en el jardín cultivando unos tomates. El príncipe le pidió que informara a las muchachas de la casa de que él había llegado, ella le sonrió, en un intento porque la reconociera, pero ni la miró. Entró en la casa, vio a sus hermanastras que comenzaron a hablarle de tonterías, se aseguró bien de que no fuera ninguna de ellas la muchacha de la que se había enamorado y se marchó, no sin que antes, Cenicienta, tuviera la oportunidad de dejarle una nota en el bolsillo de su chaqueta: “Me he dado cuenta de que no ves más allá de la superficie y que lo de anoche fue mentira. Esta es la señal que estaba esperando. Mañana me marchó de este reino y tú acabas de perder la oportunidad de encontrar a la princesa que conociste anoche. Cenicienta”

Y así fue, el príncipe encontró la nota, se dio cuenta de que aquella empleada era su princesa y comenzó a buscarla por todos los reinos conocidos y por conocer, su hermanastras y madrastra tuvieron que comenzar a trabajar ya que pronto se acabó el dinero de la herencia y sin Cenicienta y sus verduras no había más ingresos y Cenicienta abandonó su casa, que desde la muerte de sus padres había dejado de serlo, y con el dinero de la venta del zapato, estableció un pequeño taller de costura en otro reino, donde, con el tiempo, todos sus sueños se hicieron realidad.